

ENTRE-CAPÍTULOS

Sobre el chiste: arrojando piedras y escondiendo la mano

Francisco Casado

Introducción

Siempre es posible promulgar algunos principios críticos en función de la actualidad ideológica, y poder así darnos el crédito de participar en una época de combate, en una filiación de la historia. El aspecto de la vida que nos interesa pensar en las siguientes páginas viró la manera de entender esta adscripción a condiciones discursivas. Con lo cual, se volvió imperioso no sólo *escuchar*, sino también *interpretar* las palabras que se pronuncian.

Para comenzar, podríamos decir que los principios críticos a los que aquí nos interesa acercarnos se establecen con Freud y su concepto de inconsciente. Pero también es cierto que al día de hoy es impensable lo que el psicoanálisis nos enseña sobre la lógica del inconsciente¹, si no se toma en consideración el concepto de ideología. Las ideologías adoptan formas conscientes e inconscientes; de ahí el asombro absolutamente sincero que sentimos al descubrirnos portadorxs de valores que, con la misma sinceridad, decíamos detestar. En el caso particular de los chistes, la actualidad ideológica que se pueda desmontar a través de su análisis será responsabilidad de cada generación.

En las siguientes páginas, más allá de las diferencias en que puede aparecer un chiste u otro, intentaremos concentrarnos en la inmanencia que sostiene la relación entre ellos: vislumbrar cómo se manifiesta la ideología en los chistes que circulan en nuestra época, o cómo la conciencia se convierte en trampa de ella misma, o por qué nos reímos sin saber bien de qué nos reímos, o un poco de todo eso.

Entre el inconsciente y la ideología

¹ “Hay que entender esta cuestión tan radical planteada por Freud respecto del inconsciente como *res extensa*, como cosa del mundo, como conjunto de representaciones en las cuales no hay un sujeto que esté definiendo la forma de articulación representacional bajo los modos de la conciencia” (Bleichmar, 2010, p. 19).

Ahora bien, ¿qué es la ideología sino la idea *cuando domina, cuando triunfa*? Un concepto generalísimo de ideología incluye sub-ideologías políticas, religiosas, sexuales, laborales, escolares, opresivas o de resistencia... que además no sólo corresponden al dominio público, social o colectivo, también se ejercen en el interior mismo de las angustias y alegrías personales, íntimas, inconfesables, ominosas. Con lo cual, resulta imposible prescindir de ellas, dejarlas de lado o reducirlas a un simple contexto exterior a las condiciones que hacen al sujeto; resulta imposible desideologizarse completa y definitivamente: la ideología *no tiene afuera*. Cuanto más se cree unx desideologizadx, cuanta mayor conciencia cobramos de las tramas ideológicas, más sutiles se nos vuelven, más adentro y profundo caemos en sus redes.

En nuestra vida cotidiana, las pequeñas prácticas que gestionan, administran y acreditan nuestras decisiones y emociones pueden estar a la vista, pero tienden a ejercer sus mecanismos de funcionamiento lo más imperceptiblemente posible, y dónde mejor sino en ámbitos privados (en donde los diques de contención se desbordan) para detectar las expresiones ideológicas de los chistes. Al haber ideología en el estilo, la orientación, las miras, la manera íntima que tiene cada unx de vivir su vida y de morir su muerte, y porque además parece más sencillo comportarse de un modo políticamente correcto en el ámbito público, quizás haya que observar(se) con más detenimiento (en) el mundo privado. Es decir que las ideologías no surgen por añadidura, sino que forman parte intrínseca de la subjetividad, son componentes inevitables e irrevocables (y hasta necesarios) de todo psiquismo. Toda maquinaria ideológica trabaja con mandatos productivos a nivel social, general, colectivo, y al mismo tiempo en una dimensión particular, íntima, inconsciente, en la que (en este caso) los chistes aparecen (criteriosa y capilarmente) funcionando como pequeños engranajes y goznes. En este sentido, al gozar de semejante difusión, creemos que nadie está exento de revisar los chistes con los cuales se mueve en su vida cotidiana.

Quizás otra manera de plantear esta cuestión sea considerar a la ideología como un asunto de «discurso» más que de «lenguajes». Foucault es quien abandona el concepto de *ideología*, proponiendo el de *discurso*. Esto concierne a ciertos usos del lenguaje, buscando producir efectos específicos entre individuos. El discurso sería un grupo de enunciados multilineales, una *población de acontecimientos enunciativos* que describen y señalan *una* referencia, *una* red teórica, un campo de posibilidades estratégicas. Quizás podría pensarse en el término discurso como un sinónimo ampliado, como una matización del concepto de ideología. Porque así como unx no puede decidir si una afirmación es ideológica o no examinándola aislada de su contexto discursivo, tampoco de esta manera puede decidir si un fragmento escrito es una obra de arte literaria. En este sentido, "la ideología es menos cuestión de propiedades lingüísticas inherentes a una declaración que de quién está diciendo algo a quién y con qué fines. Y esto no significa negar que hay «jergas» ideológicas particulares" (Eagleton, 1997, p. 29). En nuestro caso, por ejemplo, no podríamos concebir a los chistes en forma aislada, sino como el medio para acceder

a una clave de lo invariante en el ser humano, como uno de los fenómenos que mejor escapa a los condicionamientos externos, a las obligaciones sociales, ofreciendo un campo de investigación propicio para poner de relieve determinadas formas de operación de la psiquis humana. Porque además, por cierto, a veces se repite y se repite (y se repite) el mismo chiste casi sin darnos cuenta.

En principio, diremos que buscamos determinados tipos de chiste. Por ejemplo, no nos interesa el chiste que tiene una estructura narrativa predeterminada (inicio-nudo-remate), tampoco aquel ante el cual nos predisponemos: “¿te cuento un chiste?”, “contate un chiste”. Más bien nos detendremos brevemente en aquel que por ser ocurrencia involuntaria, toma por sorpresa (a veces hasta el propio autor), surge por espontaneidad, sin premeditar, de improviso, intempestivamente. ¿Cuáles son aquellos chistes que (de tan veloces) hemos hecho sin (querer) haberlos pensado, sin querer manifestarlos? Para presentarse con esta velocidad, el chiste debe ser una expresión no muy extensa, acaso un epigrama que provoca un cambio brusco en el rumbo que venía transitando el discurso o el diálogo. Es así que, de hecho, hay chistes famosos compuestos de una sola enorme palabra.

De ahí que nos interese aquella situación en la que el inconsciente, buscando cómplices, cada tanto arroja una piedra y esconde la mano. Nos interesan los chistes en los cuales “nos traicionó el inconsciente”, entendiendo que “el inconsciente es el fracaso de la moral, no la justificación de la inmoralidad” (Bleichmar, 2010, p. 23). En este sentido, el chiste siempre es opositor, se opone a la conciencia del sujeto y se manifiesta (como una especie de triunfo) frente al orden de verdad dado. Cuando se afirma que *todo chiste tiene algo de verdad*, ese contenido de verdad producto de una espontaneidad habita en las profundidades del inconsciente. “El discurso manifiesto sólo sería, a fin de cuentas, la presencia depresiva de lo que no se dice, y eso no dicho sería el hueco que anima desde adentro todo lo que se dice” (Foucault, 2014, p. 234). Con lo cual, lo que permite tener un cierto acceso al inconsciente es la expresión lingüística, especialmente fonológica. Atendiendo a esta clase de pedrazo, entonces, hay que diferenciar entre lo que se dice y lo incipiente, que es quizás lo que se quisiera decir o lo que se piensa realmente.

Por lo general, el chiste no es más que un lapsus, un cortocircuito, un latigazo, un remate fugaz que, sólo con esa velocidad, nos permite decir lo que (de otro modo) no se podría decir, sobre todo, lo políticamente incorrecto. El momento del remate, que a veces puede ser todo el chiste, es el momento donde se produce el nexo entre lo que se venía diciendo previsiblemente y lo que se termina diciendo acaso sin querer. Precisamente la calidad del chiste está no sólo en que esconde algo, sino también en que ese algo está prohibido decir o pensar o que salga a la luz. En este sentido, en tanto formación del inconsciente, el chiste tiene también cierta *bondad*, tiene algo de liberador, pero no porque pondría al “descubierto” un deseo acaso reprimido, sino porque (más bien) sería un llamado a la interpretación. Por eso, no sabemos en sentido estricto de qué reímos a menos que interpretemos. ¿Quizás el contenido del chiste pueda ser un deseo

que expresa o que choca contra la represión que sufre un deseo latente, acaso prohibido? ¿Cómo se da ese encuentro entre lo que se dice y lo que quizás (¡no!) se quisiera decir? ¿Qué surge de la interpretación de un chiste?

De ahí que, en definitiva, "no exigimos de nuestros chistes ningún título de nobleza; no nos preocupa su origen, sino solamente su calidad como chistes: si son capaces de hacernos reír y son dignos de nuestro interés teórico" (Freud, 1986, p. 48).

Entre la metafísica y la estética

En tanto expresión interruptora, el chiste parecería expresar su razón de ser al provocar un sinsentido efímero en el sentido general de la situación; o quizás sea mejor decir que suelta un sentido que interrumpe otro sentido, un sentido en relación con algo que no está dicho en la superficie de la situación, en las palabras enunciadas.

Al asumirla, por una parte, como la expresión de un sentido-sin sentido, y por otra parte, como la manifestación de una sensibilidad que emana placer o displacer, ubicamos la cuestión del chiste en algún punto entre la unidad de metafísica y la de estética. En primer lugar, una metafísica (como cualquier mitología, incluida la judeocristiana), plantea un orden, un modo de organizar la realidad, una disposición en la manera de comprender el mundo; de ahí viene la etimología griega de "cosmos".

En cierta forma, el chiste aparecería como un antónimo esporádico de un cierto cosmos, y aun cuando se refiera a dicho orden lo hace únicamente para falsearlo, como quien adelanta una paradoja que el lenguaje cotidiano se resiste a formular. Súbita y momentáneamente, el chiste rompe la estructura establecida y predecible que una determinada manera de entender (y hablar) la realidad nos otorga.

El contrasentido que el chiste utiliza como recurso técnico (Freud, 1986, p. 58) es un momento de ruptura de algún orden dado. Un paréntesis que interrumpe momentáneamente la coherencia aparente de los discursos habituales. Es una palabra que inquieta la lógica de la previsibilidad, y corta la concatenación interna de un discurso. "Lo cual quiere decir que no se puede hablar en cualquier época de cualquier cosa" (Foucault, 1969, p. 63), y que toda palabra (para ser chiste) debe estar referida a un discurso: todo chiste se pronuncia y se caracteriza en relación con un discurso, sea formal o informal. De esta forma, por ejemplo, realizando la inversión incondicional de algunos términos podemos encontrar que el médico es acusado de profesar la muerte; el escribano, de robar; el verdugo, de fomentar la longevidad. Nos encontramos entonces con un recurso utilizado por algunos chistes: lograr que ciertas palabras, en una enumeración técnicamente bien lograda, se contaminen con las vecinas.

A pesar de que el chiste que acá nos interesa nunca está exento de tendencia, de intencionalidad, este mismo *chiste tendencioso* (porque también los hay inocentes²) nunca se refiere a la persona que está enfrente en tanto objeto de burla, sino a todxs aquellxs que comparten esa misma condición, sea por el color de piel, por su peso, por ser mujer, varón, pobre, rico, con determinada orientación sexual, nacionalidad, idioma, etc., es decir que se dirige contra el grupo en el que se puede “encasillar” y “definir” a esa persona. Ese contenido expresa representaciones ideológicas, puesto que el objeto de burla es (o está basado en) un estereotipo, una generalización personalizada. De esta forma, aparece el estereotipo³ como un hecho político, como la figura mayor de los discursos ideológicos. En estos términos, el chiste es un síntoma individual de una ideología de la época, y expresa los sentidos de lo colectivo que se han interiorizado en un sujeto.

La idea, entonces, es dejar de ver al chiste como una expresión exclusivamente individual, y empezar a entenderlo como una manifestación sintomática de lo social en lo individual, en una subjetividad particular. De ahí que quizás pueda decirse que el chiste no tiene autoría, porque (independientemente de que a alguien se le ocurrió) es una ocurrencia que responde a una formación discursiva, a favor o en contra de ella. El chiste es una invención casi involuntaria, una irresponsable licencia de la imaginación (sea dicha o no); o al menos no es una invención que se encuentre subordinada a un riguroso plan sistemático. Esta no-autoría es mitad cómplice, mitad víctima, como cada quien frente a la ideología. Incluso quizás el problema no esté tanto en la expresión del chiste sino en su repetición, en que se hace recurrente. Si repetimos un chiste sobre determinado aspecto de alguien, puede que nos terminemos encontrando con un estereotipo encarnado en ese sujeto. Así como un sustantivo puede formarse por acumulación de adjetivos.

Por todo esto, quizás “no haya que remitir el discurso a la remota presencia del origen, sino que hay que tratarlo en el juego de su instancia” (Foucault, 2014, p. 234), y quizás entonces lo importante no sea tanto preguntarse cómo nació el chiste, sino cómo se nos presenta ahora, qué significa en relación con lo que se vive hoy y qué consecuencias conlleva.

El placer del chiste

² Los chistes inocentes no van contra ninguna barrera de la censura moral, sino que se presentan presuntamente desprovistos de intencionalidad crítica. Un ejemplo de chiste inocente podría ser la siguiente condensación: el colmo de un mosquito es jugar con sus amigos a *Los tres mosquiteros*.

³ El estereotipo es una solidificación de la vida de la “verdad”, es la palabra repetida fuera de toda magia, de todo entusiasmo, como si fuese natural, como si imitar a alguien pudiese no ser sentido como una imitación. (Barthes, 2014, pp. 56-57).

Por otra parte, “el chiste sería la contribución que lo inconsciente presta a lo cómico” (Freud, 1986b, p. 161), puesto que el objetivo es provocar la risa sobre algo que explícitamente no nos reiríamos. Al ser una manifestación espontánea del inconsciente, el disfraz es su forma de aparecer, de modo tal que pueda atravesar disimuladamente la censura o el filtro moralizador que no le permite emerger del inconsciente. Sin el disfraz de alguna técnica, el chiste, más que chiste, terminaría siendo una agresión directa. Con el chiste advertimos que *todo lo profundo ama el disfraz* (cf. Nietzsche, 2010, p. 423). Como no es políticamente correcto reírnos (*placernos!*), por ejemplo, del racismo, el pensamiento busca disfrazar al chiste porque (así, mediante su investidura), soborna y confunde nuestra moral o nuestra crítica a la moral. La risa funciona como el soborno con que se acepta ese disfraz de lo políticamente incorrecto: sólo podemos reír cuando el chiste ha sobornado y distraído nuestra conciencia crítica respecto de la moral. Con el chiste nos reímos de aquello que permanentemente está constriñendo nuestra identidad: el *deber ser*, que forja nuestra identidad dentro de ciertos límites establecidos por la moral: por ejemplo, “soy hetero o soy homo”⁴. Parecería que el deber y el deseo están continuamente negociando las situaciones en que aparecen (o nos surgen) ciertas palabras. Con lo cual, resulta complicado *placernos* de aquellos preceptos que van contra la moral vigente, que está compuesta (como recién dijimos) fundamentalmente de mandatos constitutivos de nuestra identidad. Aun así, la crítica a la moral puede limitar la angustia que surge de sostener el ideal de un *deber ser*. En el proceso de constitución de la subjetividad, la moral, primero reprime, luego niega. Y el chiste rompe, por un momento, esas barreras de represión y negación.

El chiste, entonces, puede manifestarse como un síntoma de nuestra moral, de las condiciones sociales que nos componen en tanto sujetos. A este respecto, nos surgen algunas preguntas: ¿qué discurso se encubre tras determinado chiste? ¿Sólo reproduce ideologías, no puede también explicitarlas, denunciarlas⁵? ¿El chiste critica ideologías sólo si está advertido de ellas? ¿El chiste (nos) advierte de la ideología cuando denuncia el conocido sentido común?

El trabajo del chiste consiste, entonces, en liberar placer por eliminación de inhibiciones, sofocaciones, represiones por parte de lo políticamente correcto que custodia la moral. El chiste es un escape de la represión que la moral establece para decir sólo lo políticamente correcto. Esta clase de placer deviene al cruzar las fronteras de la moral, burlar la represión de la cultura para decir lo que (de otro modo) no se podría decir. Todo chiste logrado implica asumir puntos de ruptura con la cultura a la que pertenece o hace alusión. De ahí que el placer que emana del chiste provenga de la liberación de lo sin-sentido que irrumpe en un orden dado. El placer sobreviene al cancelar la inhibición (de la) crítica, es decir, al “dejar de pensar por un rato”. Así, el chiste va en detrimento de una actitud crítica. Si se ríe, no se piensa. En este sentido, el humor

⁴ El inconsciente, a la inversa, es conjuntivo, no disyuntivo, “soy hetero y soy homo”.

⁵ ¿Este aspecto no coloca al chiste en el mundo de la estética? ¿El chiste con contenido crítico no termina siendo arte panfletario a lo Gorki?

se defiende de la realidad, dice más de lo que dice, y (re)produce algo más que ideología: el placer de la risa.

Cuanta mayor conciencia se tiene de lo políticamente correcto, de las represiones (y los tabúes) de la cultura, cuanto más se discute la moral, quizás mayores posibilidades hay de que el chiste busque nuevos objetos de burla⁶, nuevos disfraces técnicos a partir de los cuales seguir *ganándose* al público. Es el aspecto estético del chiste el que convoca nuestra sensibilidad frutiva. En este sentido, se abona una entrada a un espectáculo buscando el placer de liberarse por un rato de la censura moral en la que vivimos. La crítica es represora del placer del chiste, precisamente porque ese mismo placer proviene de un ahorro de la crítica. La crítica al chiste interrumpe el placer de la risa, por eso para pensarlo se necesita cierta distancia respecto de lo dicho. Al cambiar la conciencia que tenemos de la ideología en cuestión, cambia la manera de percibirse un chiste. Hay chistes que están (demasiado) condicionados por la vigencia de una determinada coyuntura ideológica, con lo cual suelen perder actualidad y efecto. Aunque esta clase de chistes, como la moda, como cualquier coyuntura, tienen algo de exasperante, y es que al criticarlos se cede a ellos.

Como decíamos, el chiste, entre veras y burlas, genera un tipo particular de placer o displacer, porque causa risa, sonrisa o enojo, e incluso una sensación de bienestar o malestar en quien lo dice y en quien lo escucha.

En este sentido, nos acercaremos a una etimología de la palabra "estética"⁷. "Estético" procede del griego *aisthetikos*, de *aisthesis*, que significa sensación, sensibilidad. Podríamos decir que el chiste expresa, mediante una técnica específica, un tipo de sensibilidad, por lo general, políticamente incorrecta. De manera que (este uso particular de) el lenguaje señala otra sensibilidad, es otra piel. ¿En qué parte de sí mismo se puede *sentir* determinado chiste? ¿De qué modo se percibe un chiste? ¿De cuántos modos se puede sentir un chiste? ¿Quién lo percibe como tal, y quién no? ¿Puede resultarnos indiferente? ¿La clase, el sexo, la raza, la orientación religiosa o sexual, y demás rasgos identitarios establecen los criterios por los cuales será percibido el chiste? ¿El chiste permite actuar una forma de violencia o más bien la reemplaza?

Tocando alguna fibra sensible, el placer que emana del chiste resulta de las técnicas con que se cuenta para expresar determinada idea. El chiste es un significativo contraproducente que surge en una gramática particular, con una técnica propia. Si su eficacia se reduce finalmente a una cuestión de técnica, ¿no es precisamente el desarrollo de esta técnica lo que puede hacer del chiste un arte de injuriar?

⁶ Prestemos atención a los desplazamientos que se han dado respecto de los objetos de burla desde principios de los '90 hasta nuestra actualidad en los sucesivos programas televisivos de Marcelo Tinelli.

⁷ "La estética cubre el vasto campo de la representación sensible de la experiencia humana. A través de la representación sensible, el ser humano tiene una imagen de sí, toma conciencia de sí: se ve. Pero debemos aclarar que la estética no estudia todo tipo de representación sensible de la experiencia humana sino aquella que la obra de arte concreta" (Oliveras, 2004, p. 21).

Si consideramos que el chiste es un arte de lo equívoco en el uso de la palabra, y esta apropiación es lo que permite pasar de un sentido a otro, el arte del chiste está en el modo en que aparece disimulando una expresión de la ideología, pero no respecto de la sublimación⁸, sino en su poética, en la economía y precisión de palabras que utiliza para dejarnos anonadados por un instante.

En su brevedad, a pesar de ella, el chiste abrocha sentido, tiene ese efecto de cita –cita una parte de lo que ya fue dicho– y suma ese plus poético de significado, que dice algo más de lo que cada cual entiende. Si luego de manifestado el chiste, hay que agregar una interpretación, explicarlo o hacerlo saber, es porque su disfraz no encubre totalmente lo que se *quiso* decir.

Ahora bien, ¿qué provoca el chiste, qué sucede luego? Aparentemente después del chiste no hay posibilidades de preguntar ni de replicar: el chiste obtura la capacidad de respuesta. Al chiste se le justifica (casi) cualquier expresión políticamente incorrecta siempre y cuando aparezca con un “buen” disfraz. Con una técnica aceiteada, se puede decir (casi) cualquier cosa en nombre de la gracia. De lo contrario, siempre aparece el dedo inquisidor acusando al otro de falta de sentido del humor.

Pero, además, por fuera de la relación dual entre el chistoso y el objeto de burla, la legitimidad del chiste depende de esa tercera persona que ríe, condicionada por la limitada conciencia con que decide si ser cómplice o no de la manifestación ideológica que se expresa implícitamente. El chiste busca establecer una complicidad con el oyente. Como se dice, cada chiste le habla a su propio público. El/a espectador/a no es más que un eco sobornado con la risa, que es la descarga vuelta ganancia de placer, para *escuchar lo que no se debe*. (¿Quizás debemos vigilar nuestros placeres? ¿Somos más fácilmente manipulables desde lo que nos place?) Sin un tercero, el chiste se vuelve inocuo, o termina siendo asumido como una agresión directa, y el sujeto chistoso se vuelve público de sí mismo. La legitimidad del chiste, como las rimas en el freestyle, está en el oyente, siendo cómplice o juez. El chiste necesita del público para saber si esa técnica de denostar al otro es efectiva, imaginativa, ocurrente, políticamente incorrecta, sutil, en fin, si expresa con habilidad lo que no se podría decir abiertamente. En este aspecto nos preguntamos si los chistes que se hacen en público, surgen más insistentemente en privado.

Por otra parte, finalmente, es cierto que esta clase de placer puede resultar tentadora y de difícil rehuída, pero el rechazo a determinado chiste no se da por prohibición de la moral, sino por amor a quien imparte la determinada ley moral a que hace referencia. Y esta ley sólo puede ser establecida por aquel/la que es amado/a como legislador/a, o mejor dicho, aquel/la que es amado/a se convierte en legislador/a, es decir, no cualquiera es legislador/a de alguien. No se puede instaurar la ley, si quien la legisla no es respetado y amado. Renunciar al placer del chiste, más que por miedo al castigo, es por miedo al desamparo respecto del amado. Sin amor al

⁸ ¿Qué ocurre con el “humor negro”? Se refiere a aquellas situaciones inevitables que, al ser trágicas (enfermedad, accidente, muerte), buscan ser cómicas, *tragicómicas*, y ante las cuales se suele decir: “me río para no llorar”.

legislador, no hay renuncia al placer del chiste. Se necesita una identificación con el legislador para abrazar determinada ley y renunciar a esa provocación de risa. Razón por la cual, parecería resultar más sencillo rechazar las complicidades con ciertos chistes. En suma, se acepta la ley por amor y respeto a quien la instaure (Bleichmar, 2020, p. 65), y en este mismo sentido uno se puede distanciar y volverse crítico respecto del chiste.

Últimas reflexiones

Con este breve texto, nos proponemos afinar el oído, prestar atención a los chistes que aparecen en nuestra cotidianidad, y preguntarnos por los supuestos no-dichos que se esconden tras ellos. ¿Contra qué apuntan en común y cuáles son sus referencias ideológicas? ¿Quién podría reír y quién padecerlos? ¿Los chistes son un recurso que tiende a reemplazar la "hostilidad real" del día a día? ¿Denuncian o reproducen, o hacen todo eso al mismo tiempo? ¿Los chistes hostiles servirían para "equilibrar" los niveles de violencia real... servirían indirectamente a una función "social"? ¿Se justificaría (por su técnica) cualquier tipo de chiste sin importar el nivel de agresión que contiene? ¿Hay otras formas menos dañinas de sublimación de esas pulsiones⁹? ¿Cuál es la parte "seria" de un chiste? ¿Qué estaría moralmente prohibido no sólo de decir, sino también de pensar? Estas son algunas de las preguntas que abordamos parcialmente o nos quedarán siempre pendientes.

Estos son algunos de los mecanismos técnicos básicos que utilizamos para construir los chistes

- el doble sentido de una palabra, hacer aparecer un término en un contexto a partir del cual poder asumir dos direcciones diferentes, incluso contrarias.
- el desplazamiento, que significa cambiar el curso de la atención de un tema a otro.
- la condensación, cuando una palabra al estar formada por pedazos de otra reúne diferentes significados. Ejemplo: En la parte de sus *Reisebilder* {Estampas de viaje}, Heine delinea la preciosa figura de Hirsch-Hyacinth, de Hamburgo, agente de lotería y pedicuro, que se gloria ante el poeta de sus relaciones con el rico barón de Rothschild diciendo: «Y así, verdaderamente, ha querido Dios concederme toda su

⁹ Pulsión, fuerza motora de nuestra personalidad. Hay diferentes tipos de pulsión, Eros (de autoconservación), o Tánatos (de autodestrucción).

gracia; tomé asiento junto a Salomon Rothschild y él me trató como a uno de los suyos, por entero *famillona*mente»¹⁰.

Referencias

- Barthes, R. (2014). *El placer del texto* [1978]. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bergson, H. (2002). *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico* [1900]. Trad. Amalia Haydée Raggio. Buenos Aires: Losada.
- Bleichmar, S. (2010). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Bleichmar, S. (2016). *Vergüenza, culpa y pudor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2020). *Violencia social – Violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades* [2008]. Buenos Aires: Noveduc.
- Borges, (2006). “El arte de injuriar” en *Historia de la eternidad* [1936]. Buenos Aires: Emecé.
- Eagleton, T. (1997). *Ideología. Una introducción* [1995]. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1995). “Crítica y Aufklärung. ¿Qué es la crítica?” [1978]. en Rev. de Filosofía-ULA, 8.
- Foucault, M. (2015). *La arqueología del saber* [1969]. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *¿Qué es Usted, profesor Foucault?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1986a). *El chiste y su relación con lo inconsciente*. [1905]. Tomo VIII, O.C. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986b). “El humor” [1927]. Tomo XXI, O.C. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nietzsche, F. (2010). *Más allá del bien y del mal* [1886]. Madrid: Gredos.
- Oliveras, E. (2007). *Estética: La cuestión del arte*. Buenos Aires: Emecé editores.
- Žižek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología* [1989]. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Žižek, S. (2003). *Ideología, un mapa de la cuestión* [1994]. Buenos Aires: FCE.
- Žižek, S. (2015). *Mis chistes, mi filosofía*. [2014]. Buenos Aires: Anagrama.

¹⁰ Freud, 1986, p. 14. *Reisebilder* III, parte II, capítulo VIII.